

BIOGRAFÍA CANALLA DE

Emilia Pardo Bazán

ANA MARTOS



OBBERON

CAPÍTULO I

UN ESCALOFRÍO DE AMOR PATRIO

Es la madrugada del siete de febrero de 1860. Madrid duerme. De pronto, las campanas se alborotan con alegre repiqueteo que anuncia una feliz nueva: las tropas españolas al mando del general O'Donnell han entrado en Tetuán. ¡Victoria! Madrid despierta. Los balcones se visten con banderas, con mantones de Manila, con pañuelos alfombrados. El pueblo madrileño se echa a la calle e invade la Plaza de Armas del palacio de Oriente gritando vivas a la tropa, a los generales, a la reina y a la Virgen de Atocha. La reina, emocionada hasta las lágrimas, sale al balcón levantando en sus brazos al príncipe Alfonso.

Esa misma tarde, sin falta, Isabel II se dirige a la basílica de Atocha para agradecer a la Virgen la protección que ha concedido al general y a sus tropas. La carroza real enfila el Paseo del Prado entre vivas y saludos de los viandantes. Un grupo de obreros que están reparando el piso se alzan, forman con sus picos y sus palas a la manera militar y entonan la marcha real al paso de la reina.

Y no cesan de llegar buenas noticias. Tras la victoria de Tetuán, O'Donnell toma la plaza de Tánger y el sultán de Marruecos, asustado, se apresura a firmar la paz. Tres meses más tarde, el ejército español regresa victorioso a Madrid, pero no se acuartela sino que acampa en la Dehesa de Amanuel en espera de órdenes. Allá van los

madrileños en tropel a admirar las tiendas polvorientas, a besar la bandera agujereada por las balas y a abrazar a los soldados que reciben con orgullo las efusiones populares.



El general Prim atravesando las trincheras del campamento de Tetuán. Francisco Sans Cabot. Museo de Montjuic (Barcelona).

Horas más tarde, llega la reina acompañada de numeroso séquito y O'Donnell acude a recibirla. En escasos minutos, la tropa desmonta el campamento, se cuadra ante la soberana y marcha en formación por la Puerta de Atocha hacia el Prado, para desfilarse por las calles madrileñas antes de entregarse al merecido reposo.

Pero no todos los soldados pueden retirarse a descansar; a los tercios vascongados todavía les queda un largo periplo antes de reincorporarse a sus cuarteles y un contingente llega a La Coruña donde son recibidos con vítores y laureles. Antes de repartirse entre las familias coruñesas que los esperan con los brazos abiertos para brindarles hospitalidad y regalo, los soldados se dan un baño de gloria en un desfile militar.

La tropa recorre las calles con paso marcial mostrando el poético desaliño de la guerra, con sus rostros barbudos curtidos del sol, sus bayonetas relucientes y sus uniformes cubiertos del polvo de la victoria. Desde un balcón de la calle Real, una niña se entusiasma ante aquellos mozos que desfilan tan gallardos. Se muere de envidia al ver a las señoritas de al lado, que tienen estatura suficiente para agitar sus pañuelitos en el aire y arrojar flores y laurel sobre los soldados. Ella no llega a la barandilla y solo puede asomar su carita por entre los barrotes, deseando ardientemente tener alas, ser golondrina para volar al encuentro de los héroes. Y, por primera vez en su corta vida de nueve años, siente un escalofrío de amor patrio que la lleva a tomar la pluma y a escribir un poema apasionado.

EL ROMANTICISMO ESPAÑOL: HONOR Y PATRIA

Para comprender el mundo que le tocó vivir a Emilia Pardo Bazán, es necesario conocer las circunstancias de aquella época que mucho tienen que ver con nuestras circunstancias actuales, en gran parte, herederas de aquellas.

El patriotismo es, como todos sabemos, amor a la patria. En nuestro tecnificado y materialista siglo XXI, el patriotismo fue capaz de conseguir que los españoles dejásemos de lado nuestras diferencias ideológicas para unirnos bajo la bandera nacional y la camiseta roja de la selección española de fútbol. En el siglo XIX, el patriotismo consiguió que los políticos abandonaran sus eternas disputas parlamentarias para acordar por mayoría el envío de tropas a resolver un conflicto fronterizo en Ceuta o, más bien, según cuentan, a castigar una afrenta infligida al escudo español. Una afrenta que no solamente movilizó a los políticos, sino a la mayoría de los ciudadanos, despertando en ellos ese escalofrío de amor patrio que nuestra protagonista sintió al ver desfilar a los soldados. Porque Emilia, con sus nueve años, barruntó que la victoria conseguida en la guerra de África no era la victoria del gobierno del que todos en su casa despoticaban. Era la victoria de algo mucho más grande y mucho más importante: la nación, la patria.

Honor y Patria fue la consigna de la España romántica, porque el Romanticismo no llegó solo a nuestro país, sino de la mano del nacionalismo. El nacionalismo romántico fue un sentimiento que ensalzaba todo lo nacional en forma de patriotismo exacerbado y que repudiaba, por contraste, todo lo extranjero. Así, el nacionalismo romántico fue

capaz de convertir todo lo nacional en inmejorable y todo lo extranjero en despreciable. Es fácil tropezar con esta idea en la literatura o en las manifestaciones artísticas del siglo XIX y de principios del XX. Encontramos un ejemplo vivo en una zarzuela de Moreno Torroba, Romero Sarchaga y Fernández Shaw, *Luisa Fernanda*. En la *Mazurca de las Sombrillas*, la dama coquetea con el caballero:

—¡Ay! ¡qué zaragatero es usted!

—Yo soy un caballero español —aclara él como garantía de calidad y denominación de origen.

—Yo no soy extranjera —declara ella para que no haya dudas.

Bajo la consigna de Honor y Patria, la España del romanticismo nacionalista repudió al que pudo ser un buen rey extranjero, José Bonaparte, para sustituirlo por el que fue un mal rey español, Fernando VII.

Fernando nació en España y fue el Deseado para el pueblo español, mientras que José Bonaparte que, además de francés venía impuesto por el emperador Napoleón, fue para los españoles Su Majestad Intrusa. El pueblo le puso el mote de Pepe Botella acusándole de borrachín y despidiéndole con este pareado cuando salió de Madrid por la calle Alcalá arriba, camino de Francia:

—Ya se fue por las Ventas el rey Pepino
con un par de botellas para el camino.

Lástima que José Bonaparte hubiera venido trayendo bajo el brazo un paquete de reformas liberales e ilustradas que estaban haciendo mucha falta en España para ponerla al nivel que más tarde se llamó europeo. En cambio,

Fernando VII, una vez que se sentó en el trono, devolvió el país a los tiempos medievales, incumpliendo la Constitución, cerrando las universidades y reinstaurando la Inquisición en pleno siglo XIX.

Cuando murió, aunque hay que decir que muchos le lloraron, los liberales compusieron este himno mucho más largo que el pareado dedicado al rey francés:

—Murió el rey y lo enterraron.

¿De qué mal? De apoplejía.

¿Resucitará algún día
diciendo que le engañaron?

Eso no, que le sacaron
las tripas y el corazón.

Si esa bella operación
la hubiesen ejecutado
antes de ser coronado,
más valiera a la nación.

EL ALTAR Y LA CORONA

Además de nacionalista, la España romántica fue muy católica y muy monárquica y elevó el Altar y la Corona a lo más alto de los valores nacionales. Todavía un siglo más tarde, Unamuno juzgaba una insensatez la afirmación de que no puede ser buen español quien no sea católico, apostólico y romano.

Pero el siglo XIX calificó de santa empresa cualquier acción política o militar que se emprendiera contra paganos o extranjeros, porque siempre había a mano un santo, una Virgen o un Cristo para apadrinar la hazaña. Así, la

literatura romántica convirtió en cruzada contra los moros lo que en realidad fueron las guerras civiles de la Reconquista. El nacionalismo también fue capaz de convertir la conquista de América, la que hoy juzgamos que no siempre fue honorable, en el gran triunfo de la monarquía y de la fe sobre los pueblos paganos del Nuevo Mundo.

En la España romántica del nacionalismo católico, el general O'Donnell nunca se hubiera atrevido a llevar sus tropas a la guerra de África sin el beneplácito de la reina y sin la protección de la Virgen de Atocha, además, naturalmente, del consenso parlamentario. Cuentan que, antes de salir para embarcarse en Algeciras, O'Donnell besó, rodilla en tierra, la mano de la soberana y recibió su bendición mezclada con lágrimas de emoción patriótica que humedecieron su uniforme de general.

Esto es lo que se cuenta y hoy nos parece una sobreactuación o, como ahora se dice, un posado. Pero la escena de la reina vertiendo lágrimas de emoción sobre la guerrera del general tiene mucho sabor de la época romántica.

GUERRA GRANDE Y VICTORIA CHICA

Los ataques marroquíes en la frontera de Ceuta eran bastante frecuentes, pero aquella vez colmaron el vaso porque no solamente atacaron una caserna que los soldados españoles construían, sino que mancharon el escudo de España que adornaba la fachada. Ante tal ofensa, el gobierno español solicitó al sultán de Marruecos, Mohamed IV, que castigara a los culpables y, al no recibir satisfacción alguna, O'Donnell, que era presidente del Gobierno y ministro de la

Guerra, declaró la guerra al imperio marroquí. Veinticinco mil hombres embarcaron en Algeciras y desembarcaron en Ceuta. Desde allí entraron en Tetuán donde consiguieron esa victoria sonada que anunciaron las campanas de Madrid aquel siete de febrero. A la caída de Tetuán siguió la sangrienta batalla de Wad-Ras que dejó libre el camino de Tánger para las tropas españolas y, espantado ante tales avances, Mohamed IV se apresuró a firmar la paz.

La victoria sobre Marruecos se celebró, como hemos visto, con exaltación de amor patrio, con vítores y con laureles, con una oleada de africanismo que invadió España durante años y que se reflejó en las artes y en las letras. Todos y todo hablaban de la guerra de África, tanto la gente como los periódicos, las revistas, el arte, las tertulias. Pero, como dice Fernando García de Cortázar, fue una guerra grande y una victoria chica, porque España, según escribió años después la propia Emilia Pardo Bazán, no supo aprovecharla para obtener beneficio de ella.

Fue una campaña estéril que pudo traer grandes ventajas al país pero que solamente trajo gastos. Todo lo que se consiguió con aquella guerra fue afianzar las fronteras de Ceuta y, de paso, asegurar el gobierno de O'Donnell, porque la victoria le trajo el reconocimiento de la reina y el aplauso de los españoles.

Sin embargo, Tánger no quedó mucho tiempo bajo la bandera española, sino que pronto volvió a la soberanía del imperio marroquí. Antes de emprender la guerra, además del acuerdo de las Cortes, del pláceme de la reina y de la bendición de la Virgen, O'Donnell había necesitado el beneplácito de los gobiernos francés y británico que tenían intereses, colonias y posesiones en el norte de África.